



J. M. G. LE CLÉZIO

El africano

*Traducción de Juana Bignozzi,
Adriana Hidalgo, Buenos Aires, 2008,
144 pp.
ISBN 978-84-937140-0-0
(L'Africain, Folio, París, 2005)*

El africano presenta un concepto de la biografía, tanto de la biografía del padre del autor como de la autobiografía del propio autor, hasta cierto punto entremezcladas, que se halla próximo a la creación literaria o la mera ficción que brinda al sujeto la posibilidad de renovar su propia experiencia, y que quiere ser, a la vez, cierta respuesta a la falta de una “experiencia excepcional” en el padre, la cual no será vinculante en el hijo. Pero una experiencia excepcional no puede ser una experiencia a secas o una mera experiencia. Una experiencia excepcional ha de concentrar lo que el autor francés ha denominado “la realidad vivida”, que no es sino el cúmulo de la experiencia o “la verdad”, en un tiempo específico en el que, en consecuencia, habrá de cristalizar su valor como tal. El tiempo no será, por tanto, un elemento virtual más de la escena, sino el motor original de cambio, la forma tanto como el contenido de la representación, su valor de autenticidad, la esencia de la palabra que dotará de contenido la experiencia de la escritura, el rostro mismo del escritor. La rememoración, la nostalgia, el saber, el recuerdo, se volverán así imprescindibles a los sentidos no como un anhelo por recuperar el pasado, sino para aprender de la ausencia, de la ausencia, precisamente, de una experiencia excepcional. Una mera experiencia, sin

embargo, suele permanecer sujeta a la normalidad con que transcurren las cosas alrededor nuestro, sin estar necesariamente sujeta al cambio. No obstante, creemos que todo cambio siempre es natural.

La escritura —concretamente la escritura de *El africano*, y la literatura en general— brinda esa posibilidad de renovar la propia experiencia a fin de acabar de completarla cuando haya expirado o llegado a su fin, mientras los resortes de la experiencia presente sean aún capaces de lograr que hagamos una relectura del pasado como si tratáramos de reescribir nuestra experiencia y, con ello, diéramos lugar a una experiencia excepcional. Esta experiencia excepcional, perteneciente tanto al ámbito más práctico de la vida humana como a la teoría de la literatura, es, efectivamente, la escritura, pero esa clase de escritura que dignifica la vida, nos obliga a conservar la esperanza y reivindicar un lugar mejor para la naturaleza que la naturaleza misma.

La experiencia, como sugiere Le Clézio, tiene lugar en un diálogo, para él, entre dos mundos, por lo que la falta de una experiencia excepcional será suplida al establecer un diálogo no al hilo del relato de una educación sentimental, sino con el propósito de transformar el arte de escribir la biografía en un imperativo de búsqueda relacionado con el valor más profundo e incipiente de las primeras sensaciones, desarrolladas después en su madurez, a menudo superficialmente, por el individuo. La educación de los sentidos es precisamente el privilegio de la palabra o la voz sobre el silencio, que el autor reivindica y concluye en “la edad de la razón”. Después de pasar su infancia sin la figura paterna, el silencio se ha convertido en el elemento divisorio entre el hijo y el padre, en la experiencia de la guerra como “silencio interminable” a que la educación ha de poner voz y dar forma, en la mera experiencia de que partimos, de manera que el paso precedente de una educación de los sentidos a la madurez intelectual equivaldría al salto de la vida en África a la vida en Francia, marcada la primera fundamentalmente por varias guerras civiles en Namibia y Camerún, los países donde viviría retenido el padre de Le Clézio por el colonialismo británico y sin la posibilidad de ver a su familia durante décadas, y la segunda por la guerra mundial y la ocupación nazi de París durante la infancia de Le Clézio y posteriormente el trauma de la guerra de Argelia y el regreso a Francia con su madre en la posguerra, que, en cualquier caso, no incluye la presencia de su padre hasta 1960. De aquellos años de escasez y dificultad, Le Clézio ha comentado el hecho de que el concepto de naturaleza, habitual en el habla de la generación africana a que perteneció su padre, cayera en desuso frente a la efervescencia de la civilización. El regreso a África opera, al cabo, un cambio en el autor que, sin embargo, no tiene lugar en el padre cuando éste regresa a Francia, evocando así la imagen de su infancia, si bien en el padre evoca también la imagen del pasado a través del uso de las costumbres africanas de que no puede deshacerse. En África, inmerso en un estado salvaje, Le Clézio habría adquirido “la libertad del cuerpo” dominante sobre el contorno del rostro y los sentidos habrían ayudado a dirimir la naturaleza en la medida que el cambio lo hubiera permitido, entendiéndose por cambio un factor de educación a través del cual salimos de un estado conocido de insatisfacción de una mera experiencia a un estado de reconocimiento de esa insatisfacción misma, y donde la educación sería el reconocimiento, al final de ese proceso, de una experiencia excepcional o estado de excepción. Pero en tanto que heredamos nuestra naturaleza, el hecho de hablar de una experiencia excepcional en el hijo nos remite a la fuerza al sentido de una experiencia, ya sea o no excepcional, en el padre, que, en cierto modo, ha de corresponderse con su naturaleza. En todo caso, nuestra primera experiencia, suponiendo que el



LIBROS



J. M. G. LE CLÉZIO
El africano

hecho de que nuestra experiencia excepcional sea la misma en todos nosotros no la hace menos excepcional, podría ser el lenguaje, la primera y, tal vez, la única experiencia excepcional, al menos en las páginas de *El africano*, acompañada, por otra parte, de numerosas vías de expresión que, aquí y ahora, se reducen a la biografía.

En principio, un modo de comprender la cultura en un sentido particular desde un punto de vista imparcial, sin que nuestra propia cultura sea un obstáculo o impedimento, conllevará un punto de vista de la historia sobre todo en alusión a, y como justificación de, la naturaleza de la experiencia. Pero, si el peso de la civilización recae del lado de Francia, su experiencia apuntará entonces al gesto solidario del hombre de la calle; en cambio, vemos con facilidad cómo el orden de la naturaleza, sometido al espíritu de la frontera, recae del lado de África y su experiencia apunta a lo salvaje. Lo importante será la consideración de lo salvaje. Mientras exista la civilización, existirá también la naturaleza. Pero no tienen por qué estar o aparecer siempre reñidas, cuando en realidad haya un motivo para su oposición. Aunque debido a un afán de superación de sí mismo y respecto a las circunstancias antes que por una deuda de conocimiento, el hijo habrá superado así al padre, igual que el alumno estuviera determinado a hacer con el maestro, y *El africano* habrá pasado a ser, en consecuencia, un motivo de superación que no podríamos evitar recordar como la solución al choque entre dos mundos distintos y, por lo general, opuestos, o como imagen de un encuentro que se ha producido en los márgenes de la escritura.

La consideración acerca de la biografía como escritura capaz de completar la experiencia habrá de hacerse, en última instancia, sin escapar al contexto a que ha dado pie la concernencia de estos dos mundos en el autor, un mundo conocido y un mundo menos conocido o por conocer, a propósito de cuya experiencia hay que justificar el papel de la escritura de la biografía como un elemento integrador entre ambos, contando con la introducción del juicio moral como la forma en que se da la experiencia y cuya composición o contenido, como decía antes, depende del grado en que el propio tiempo de la narración esté sometido al cambio, de un modo, además, natural para el autor. Por otra parte, que Le Clézio admitiera, a la altura del ecuador del libro, una experiencia o situación excepcional en su padre cuando éste último había sido el único médico existente en Namibia en un radio de 70 kilómetros, serviría para poner de relieve la idea plasmada en la práctica de una rela-

ción de derivación entre la naturaleza y la civilización que, a su vez, está íntimamente relacionada con las etapas de la infancia o los sentidos y la madurez o la razón. Pero lo que realmente sucede es que el autor ha hecho de esa relación una relación excluyente, en tanto que el transcurso de su historia contemporánea no ha dejado lugar a otras interpretaciones, lo cual significa no tanto que, aunque mientras exista la civilización, existirá también la naturaleza, como que existe la civilización totalmente al margen de la naturaleza, y viceversa. El origen de esta exclusión tendría que ver con las condiciones de vida que tenemos en conciencia, es decir, una condición de vida, como por ejemplo una vida africana y salvaje en mitad de la naturaleza, excluiría cualquier otra condición de vida, a sabiendas de que entonces no hay ninguna excepción, como por ejemplo la vida parisina en el ombligo de la civilización. Pero, en este caso, se nos presenta una excepción a la exclusividad de lo salvaje, y es el dominio colonial británico que, sabemos, se ha ocupado precisamente de imponer la exclusividad de la que hablamos; de ahí que este planteamiento termine en una nueva derivación de carácter excepcional por la que la existencia del imperio británico que ocupaba África como representante de un mundo civilizado no sea más que la imposición de una condición social de vida a la naturaleza del mundo salvaje y, en el fondo, el factor de un cambio nada natural o constitutivo en los hombres, sino fundamentalmente convencional y tan condicionante como desordenado.

Con esta perspectiva, la cualidad de la biografía, tal y como la entiende Le Clézio en *El africano*, surge de otra de sus variantes para mostrar la unión de un punto de vista literario con un hecho de la vida, esto es, la realidad física, al pasar a ser una realidad literaria, se ha vuelto excepcional y ha logrado subsanar así el vacío de la experiencia, o bien, dicho con otras palabras más cercanas a las de Le Clézio, solamente como extranjeros estamos en disposición de tomar distancia de lo que nos liga a una persona o lugar; la mirada del extranjero provee el recuerdo. Se trata, por el contrario, de un recuerdo que no es ideal para el autor porque se encuentra presente en la idea de sí mismo preconcebida con anterioridad al nacimiento. El recuerdo de la imagen de África en su madre debido al fruto de la unión de ésta con el padre a lo largo de los años que los dos pasaron en África antes de que Le Clézio naciera, finalmente no sustituye o iguala la ausencia de la figura del padre durante la infancia del autor, convertido en el africano “por la fuerza de su destino”, aunque sí convierte a África en la fuente de inspiración de la lengua materna cuyos caracteres son, en el fondo, los de este libro. Después de todo, la reivindicación de la tradición oral, de la figura del cuenta-cuentos, por su parte, alude a la lengua de la tierra y la añoranza.

Antonio Fernández Díez